

La industria de la alfalfa reivindica su papel para revitalizar el campo

La industria de la alfalfa contribuye a fijar población en el rural, favorece la diversidad, genera riqueza y protege el campo. Así se puso de manifiesto en la III Jornada Española del Cultivo de la Alfalfa Deshidratada (JECA) que se celebró en febrero en la ciudad de Valladolid y donde más de medio millar de expertos, agricultores y profesionales de la industria analizaron el presente y el futuro del sector.

El foro, organizado por la Asociación Española de Fabricantes de Alfalfa Deshidratada (AEFA), convirtió a Valladolid en la capital de la alfalfa. En la actualidad, Castilla y León ocupa el tercer lugar del ranking nacional, sólo por detrás de Aragón y Cataluña, en cuanto a producción. También es la comunidad autónoma con mayor superficie para el cultivo de forrajes y destina a la deshidratación 16.170 hectáreas, de las cuales 6.332 son de regadío y el resto de secano.

La presidenta de AEFA, Cristina Vendrell, reivindica el papel de la industria de la alfalfa en un sector que sitúa a España en los primeros puestos del ranking mundial. Y es que, en la pasada campaña se dedicaron a la deshidratación 105.000 hectáreas (ha) de las que casi el 80% se destinó a la exportación. Somos el primer productor europeo de alfalfa

deshidratada, seguido de Italia y Francia, y en la campaña 2022-2023 fuimos el tercer exportador mundial tras EE. UU. y Australia. En formato pellet, España es el primer país exportador a nivel mundial.

En cuanto a los mercados internacionales, desde hace ya varios años Emiratos Árabes Unidos es el primer comprador de alfalfa española. Le siguen China y Arabia Saudí. Además de estos países, en la lista de clientes destacan Jordania, Qatar, Omán y Kuwait. La gran calidad del producto explica su éxito más allá de nuestras fronteras. En este sentido, una de las prioridades de AEFA es reforzar la promoción y abrir nuevos mercados, especialmente en Asia-Pacífico, en lugares como Corea del Sur, Japón, Taiwán, Vietnam o Indonesia.

Los forrajes son una parte muy importante de la alimentación animal y entre todas las especies que se cultivan en España la alfalfa es la que tiene más importancia, tanto a nivel de superficie como económico y de producción. Además, con el proceso de deshidratación aumenta la calidad y se refuerza la seguridad de la cadena alimentaria.

La importancia de la deshidratación

Además de las oportunidades y rentabilidad que ofrece esta forrajera al sector agroalimentario, es importante visibilizar la labor de la industria deshidratada, cuyo papel se ha vuelto esencial en aspectos tan importantes como la seguridad de la cadena alimentaria al suministrar un producto de gran calidad a un coste razonable. Y es que, el proceso de secado rápido a altas temperaturas dota al producto de un grado de humedad muy bajo lo que reduce muy considerablemente la posibilidad de que se creen micotoxinas y fermentaciones, garantizando así la seguridad de la cadena alimentaria. Además de garantizar la salubridad del producto, este mismo proceso permite un largo periodo de almacenamiento y una gran homogeneidad.

Para el director de AEFA, Luis Machín, "la alfalfa española es muy valorada porque es muy buena. Su calidad es extraordinaria, entre otras razones, por las excelentes condiciones que se dan en nuestro país gracias a las horas de sol, la cercanía del agua y el PH de la tierra, un conjunto de características que hacen que nuestra alfalfa tenga unos elevados índices de proteína y fibra".

Aliada perfecta de la biodiversidad

La alfalfa le sienta bien al medioambiente y su cultivo es una buena noticia para las aves. Así lo dicen los estudios realizados sobre la forrajera y sus efectos en el ecosistema que revelan que, sólo en España, un total de 117 especies de aves la utilizan para su alimentación, refugio o reproducción.

Son muchas las razones que convierten a la alfalfa en la aliada perfecta de la biodiversidad. Así, evita la contaminación de las aguas por nitratos, favorece la conservación de especies de animales como las abejas y contribuye a paliar el efecto invernadero, actuando como un filtro verde al fijar el CO2 en una cuantía de 9 toneladas por hectárea/año.

Así, entre sus múltiples beneficios también destaca que se trata de un cultivo ecológico –mejora los suelos y no precisa tratamiento con herbicidas– que favorece la rotación de los suelos, permite reducir la huella de carbono y es un estupendo guardián del paisaje que promueve la conservación de espacios verdes y el hábitat de la fauna silvestre.



Mesa redonda: El futuro en el sector de los forrajes